

A la búsqueda del sujeto del siglo XXI Barrán leído por un psicoanalista uruguayo

Marcelo Viñar¹

Psicoanalista (APU)

Ensayista

Como tantos uruguayos, inicié la lectura de la "Historia de la Sensibilidad" y la trilogía que llegó a continuación (*El Poder de Curar, La Invención del Cuerpo y la Ortopedia de los Pobres*), como lectura amena o barniz de cultura general. Constaté enseguida –como tantos uruguayos– que Barrán fue, además de investigador tenaz e incisivo, un estilista del lenguaje. Pero lo que constituyó una sorpresa –un asombro inesperado– fue descubrir cómo esa lectura iba impregnando y dejando surcos en mi práctica y reflexión de psicoanalista, oficio que transitaba desde hacía varias décadas.

En lo que sigue, este texto intentará pautar y argumentar estos surcos, que en definitiva hacen a la interrogación de las aristas o perfiles que definen al sujeto humano del siglo XXI. Definición siempre incierta e inconclusa pero necesaria. Desde tiempos inmemoriales los caminos del pensamiento llevan a la especie humana a la infinita interrogación del quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos. Capacidad interrogativa y autoteorizante, dice Laplanche, que empuja a la creación de cosmogonías, mitos y religiones.



1. Marcelo Viñar es Médico Psicoanalista, Ex Profesor Agregado del Departamento de Educación Médica de la Facultad de Medicina. Ha investigado el tema de la minoridad marginada e infractora en un convenio marco entre la Facultad de Medicina y el INAU. Durante una década fue asesor de la Comisión de Prevención de la Violencia Liceal creada por el CODICEN. Publicó en colaboración con Maren Ulriksen de Viñar *Exilio y tortura*, luego ampliado y reeditado como *Fracturas de Memoria* (1993). Entre otros, es autor de *Psicoanalizar hoy* (2002) y *Mundos Adolescentes y Vértigo Civilizatorio* (2009). Es coautor en *Crímenes Antiguos (Edipo, Narciso y Caín), Niños fuera de la ley y ¿Semejante o enemigo?*

La función recursiva del pensamiento o capacidad de pensar objetos en ausencia de su percepción, donde Noam Chomsky sitúa una frontera diferencial entre inteligencia humana y animal, siendo esta solo capaz de resolver problemas adaptativos y situacionales presentes, pero no de pensar su finitud desde la experiencia de una temporalidad vivencial interior, que incluye el pasado y el futuro.

Desde los comienzos (o las fundaciones), los freudianos nos ocupamos de transitar los meandros de la intimidad –allí donde mora el cuco del pansexualismo (freudiano)– para aliviar las almas en desgracia, en zozobra o en *impasse*. El dispositivo se ha mostrado fecundo y ha marcado la cultura occidental del siglo XX, a pesar de los libros negros y reiterados obituarios que celebran su muerte, como quehacer perimido y superado.

A pesar de ello el psicoanálisis sigue vivo y coleando, en medio de las hondas mutaciones culturales en las que navegamos y mostrando cierta creatividad y capacidad exploratoria de diversas opacidades y enigmas de la condición humana. Por ello como campo de investigación y fundamento teórico no es una psicoterapia más entre otras, sino primera entre pares.



Algunos de los contrastes entre los tiempos de nuestra juventud (segunda mitad del siglo XX) y la actualidad, se esquematizarán (o resumirán) a continuación:

a) Antaño estuvimos atrapados o capturados en el dogma que la cientificidad de una disciplina se ponía en evidencia por su aptitud para definir el territorio –de preferencia incontaminado– de su método y objeto. Cientificidad tanto más excelsa cuanto más nítido fuera el perímetro de su área de competencia. Desde esa perspectiva –que algunos llamarían exigencia epistemológica– mi apertura a la obra de Barrán no sería otra cosa que una ofensa a la pureza de nuestra ciencia, a la especificidad de nuestro oficio. Me consta que buena parte de mis colegas así lo juzgarán.

Hoy día aquella exigencia ha cedido terreno y el planteo de los paradigmas complejos multicausales, (Morin) y pensamiento débil (autores) permiten otra libertad de movimiento, es decir, de mayor porosidad entres los “potreros” de las ciencias del sujeto. Puedo cobijarme en las opiniones de Prigogyne y Feyeraband sobre epistemologías regionales.²

2. “Parece estar más próximo a los hechos y a la naturaleza humana, un pluralismo antológico. La ciencia no es una unidad coherente sino un contingente de muchas opiniones, procedimientos, hechos y principios. Aquellos que aún creen en un mundo uniforme y no quieren perder o romper la conexión con su experiencia, verán en la diversidad apariencias confusas de una realidad que nunca podrá ser conocida. La pregunta sobre lo que es real y no lo es (falso y verdadero) carece de respuesta certera” (Feyeraband: 2001).

Aquel dogma exigía el hallazgo de una causa *princeps* y nos empujaba a los psicoanalistas a focalizar y buscar en la causalidad inconsciente, un determinismo único, quizás exclusivo, sin contaminaciones. Apuntábamos en la sesión a descubrir la verdad del sujeto y su disfunción. La universalidad de esa causalidad fantasmática nos eximía de prestar atención a la influencia de la diversidad cultural y epocal.

b) En ese tiempo, hace pocas décadas, pensábamos que los imaginarios colectivos permitirían discernir con cierta nitidez la frontera entre lo público y lo privado, entre la norma (legitimada) y la transgresión (condenable). Hoy, la aduana entre lo privado (a guardar como secreto) y lo público (que se muestra o se ostenta) ha tenido cambios sustanciales. Las fronteras que creíamos fijas se han derrumbado.

El nacimiento y la conquista de la intimidad, con que Barrán culmina su tomo sobre el Disciplinamiento, vuelve a estar en jaque, como acontecía (de otro modo) en la sensibilidad bárbara.

Basta mirar, en la televisión, los reality shows o navegar por las redes sociales para constatar cómo los límites entre fuero íntimo y exhibicionismo en el ciberespacio se vuelven borrosos o multívocos.

Las culpas por la sexualidad ocultada o reprimida, de la que nos hablan Freud y Barrán, han tenido durante el siglo XX una retracción análoga a la superficie del cuerpo que cubre el traje de baño para no mostrar su desnudez.

c) Sexualidad, culpa, violencia y muerte, temas predilectos de Freud y de Barrán, son hoy percibidos y tratados de manera diferente.

El imaginario sobre la diversidad sexual juzgada antaño como desviación a corregir, y en muchos casos como delito a condenar, a veces con severidad filotalibánica y vivido como vergüenza a ocultar, se ha trocado en la actualidad en la reivindicación de un derecho legítimo a la elección del partenaire. El límite está en el mutuo consentimiento y solo por eso podemos considerar a la pedofilia, la pornografía infantil y la trata de blancas como condenables.

Del bochorno al orgullo, la celebración de la diversidad parece tener máxima popularidad y asentimiento, por lo menos en su apariencia manifiesta.

Al decir de Barrán, el sujeto de hoy reivindica la autarquía de su derecho a ser lo que quiere ser, emancipándose del mandato de la religión y las instituciones laicas que recondujeron un análogo mandato de sujeción. Los rigores de control social –(el empaquetamiento, escribe Barrán)– retroceden timoratos ante el huracán de una moda de tolerancia ilimitada, que mal puede discernir entre las alteridades a legitimar y aquellas a combatir. El debate sobre el comienzo de la vida y la despenalización del aborto son paradigmáticos de certidumbres confrontadas.

La multireferencialidad y/o la ambigüedad de los ideales y valores, lleva al sinsentido de muchas disputas o a fundamentalismos e integristas confrontados. La diversidad de tribus urbanas de sensibilidad endogámica y la expansión de religiosidades de esta evolución, si la fragilidad o

precariedad de los fundamentos es una ventaja y un progreso indicador de cambios o un momento de derrumbe, es un litigio que no voy a terciar en los límites de este artículo. En todo caso, puedo acotar que el espacio democrático se nutre del debate de posiciones diversas y en tensión. Este pluralismo está silenciado por una sociedad cuyos fragmentos no dialogan entre sí.

Es distinto murmurar con sarcasmo la homofobia y la pedofilia clerical en el secreto de la intimidad, que volverlos escándalo público que fomente la fiesta mediática de los espectadores adictos del espectáculo de horror, aunque simultáneamente promueven un debate ciudadano y construyen parámetros para la producción de subjetividades.

d) Opina Bernard Stiegler que el crecimiento exponencial de la producción en su poder extractivo y destructor enlaza la economía material con la libidinal, el desafío libidinal y el mercantil se trenzan y conjugan...

El mundo de la técnica fue lentamente móvil hasta la revolución industrial. La electricidad, el motor a explosión y ahora la revolución digital, engarzan técnica y sociedad de un modo desconocido hasta el presente; los efectos de la técnica en las formas actuales de subjetivación. Del tiempo lento de asimilación de una experiencia se pasa al tiempo compulsivo de la saturación y de la saturación al hartazgo surgen nuevas formas de malestar. Del consumo a la intoxicación, la abundancia y la opulencia generan otra forma de miseria.

e) Y, “last but not least”, abrevábamos en la ilusión de un futuro de progreso, de un porvenir venturoso con mayor equidad de oportunidades y justicia distributiva, donde cada sujeto remando, conquistaría su lugar en el mundo. Ese milenarismo ha perimido y la expansión científico-tecnológica ha dado lugar a sociedades opulentas y consumistas que concentran la riqueza y diseminan la pobreza y la miseria. El ideal de expansión económica ininterrumpida ha trocado la utopía milenarista del desarrollo, en la amenaza de agotamiento de recursos naturales y del cambio climático y hace aparecer el fantasma de un futuro ominoso, donde desarrollo no significa solo progreso y bienestar, sino incertidumbre o amenaza.

Tal vez lo que precede nos oriente a interrogar más de cerca la intersección de los fenómenos macrosociales, con algunas decisiones drásticas en los destinos personales. Con los progresos en medicina, la muerte violenta (suicidios, accidentes, adicciones, conductas auto o hetero destructivas o de riesgo extremo) que son las primeras causas de mortalidad en la franja de 15 a 29 años. En los países del primer mundo las tasas de desempleo de los jóvenes duplican las de la población general.

Barrán decía que un imaginario (o mentalidad) colectivo es una evidencia que podemos palpar (que siempre nos habita y a veces hasta nos asedia), aunque su definición precisa sea siempre difícil y elusiva.

Con la invención de la radio y más tarde de la televisión, el *input* de información se multiplica exponencialmente. El exceso de desafíos produce en la mente un empantanamiento como el congestionamiento en la carretera, ironiza Stiegler.

El *flâneur* (paseante) que describe Walter Benjamin como prototipo del hombre moderno (y fue el personaje típico proclive a la experiencia psicoanalítica), se vuelve hoy un señor que corre desaforado. No sabe dónde va –dice St. Exupéry– pero quiere hacerlo ligero. El tiempo vivencial interiorizado que en la modernidad alternaba equilibradamente entre momentos transitivos y momentos reflexivos, tiende hoy a inclinar la balanza hacia un acontecer pletórico, sin pausas ni remansos para la reflexión.

Si las ciencias humanas están ahora lejos de pretender saberes eternos y universales, sino inconclusos, transitorios y en movimiento, yo pretendo usar la herencia de Freud y de Barrán para interrogar algunos perfiles o características del sujeto de hoy día.

Con Freud y sus continuadores aprendimos y asimilamos la importancia crucial de los primeros años de vida en la estructuración del psiquismo.³ Su énfasis en los efectos y consecuencia de la prematuridad al nacer ha tenido un valor decisivo en los desarrollos posteriores. Ya no hablamos solamente de naturaleza humana –fija y ahistórica– sino de una condición humana que va mutando con la historia. La dicotomía entre lo innato y constitucional versus lo adquirido es trocado hoy en la perspectiva más dialéctica de que el psiquismo es una construcción gradual y paulatina, de largo aliento. En esa construcción lo biológico ha cedido lugar a lo cultural. Estamos hechos de cuentos y leyendas tanto como de carne y ADN. Albert Jacquard, destacado genetista, marcó esta diferencia entre la especie humana y otras de la escala viviente, incluso con los primates. La motricidad y el lenguaje del ser humano se conquistan tardíamente, largos meses para lo primero, varios años para el habla.

La cuadriplejía y afasia del primer año de vida (que algunos nombran vida fetal extrauterina), no tiene parangón con otros mamíferos.

3. Un siglo antes Kant y Fichte habían anticipado intuiciones de vanguardia: “Los animales nacen acabados y perfectos (ya son lo que son). El hombre nace apenas esbozado” y Kant agrega: “Todo animal es lo que es, el hombre originariamente no es nada, debe volverse lo que debe ser”. Y Kant en “Reflexiones sobre la educación” (tomado de Dufour): “Un animal es por su instinto, todo lo que puede ser. [...] El hombre necesita su propia razón. No tiene instinto y necesita hacer su propia conducta. Pero no es inmediatamente capaz de hacerlo, necesita la asistencia de otros. La especie humana está obligada a hacer surgir de sí misma todas las cualidades naturales que corresponden a la humanidad”.

De esta prematuridad e indefensión inicial resulta una dependencia extrema de los otros, del entorno humano y así la minusvalía se troca en originalidad o virtud de la especie; importancia del prójimo, del semejante que no tiene equivalencia en la escala viviente. Amar y amamantar no es producto de un instinto maternal, sino la combinatoria de un hecho físico y otro cultural. Mientras el instinto define conductas fijas, inalterables o muy poco cambiantes en la sucesión de generaciones; en la especie humana, cada quehacer trae su novedad para reinventarse.

Hoy tratamos la dicotomía entre lo genético constitucional y lo adquirido en términos, más dialécticos. Biología y práctica discursiva se conjugan y son indisociables en la definición de la condición humana. La interrogación sobre lo endógeno y lo exógeno en la construcción del psiquismo ha sido un largo debate en nuestra (y otras) disciplina, pero cuerpo y grupo son ineludibles para definir lo humano.

Sería excesivo atribuir al Psicoanálisis la exclusividad de descubrir la importancia de la primera infancia en la arquitectura de la conducta, pero su contribución es decisiva. El angelito tonto y asexuado, en sometimiento o en bárbara rebeldía (con que Barrán describe el niño del 900) se derrumba y nace la percepción de un sujeto pleno de lucidez y de derechos.

Huelga decir que esta percepción incluye pero desborda el campo de la psicopatología y es un hallazgo crucial para la educación y para la totalidad del lazo social. Colapsa el universo ptolomeico del páter familias y surge la revolución copernicana con la emancipación de la mujer y del niño como sujetos plenos. Hablamos de mentalidad, no de realidades sociopolíticas.

Con el Barrán de la Sensibilidad, se subraya de manera insistente que todo “ahora” tiene un “antes” precursor que lo configura y formatea (en la continuidad o por contraste) y que los algoritmos de un cambio resultan siempre de la negociación entre los anhelos personales y la sensibilidad hegemónica de la época. Una confrontación entre lo pretérito y lo actual. Y esta mirada diacrónica que brinda el estudio minucioso de la Historia, es heterogénea a la búsqueda de esencias o invariantes, de una naturaleza humana fija y atemporal. Al crear el intervalo –tan fecundo y heurístico– de sensibilidad bárbara y disciplinamiento, Barrán propone un modelo en movimiento, bordando finalmente los contrastes e invitando a sus lectores a no detenerse en 1920 y proseguir la indagación. Stephen Gould postula que esta reversión de perspectiva (el cambio de la noción de esencia por el de variación) es el hecho más relevante y significativo en la operación de conocimiento desde los griegos a la actualidad.

Lo que en el universo platónico es un accidente, es en esta perspectiva el hecho central. Él la llama revolución darwiniana.

El Barrán de la Sensibilidad me parece emblemático de este posicionamiento distinto (u opuesto) a sistematizaciones teóricas perennes.

Como aprendí con Michel Demasure,⁴ más que verificar la certeza o falsedad de la hipótesis del Big Bang, lo que hoy importa es que esa conjetura de un origen permita estudiar el comienzo y la evolución del Universo astronómico mejor que cualquier otra hipótesis actual, su valor heurístico persistirá hasta su demostración o hasta que otra hipótesis la supere.

Como bien señala Barbara Freitag⁵, no se nace con un pensamiento lógico, éste se adquiere, se conquista o se construye gradualmente en el desarrollo. Y esto ocurre en una relación compleja entre lo que procede de la psicogénesis (lo singular que aporta el sujeto) y el contexto sociocultural donde se procesa la maduración.

Lo que llamamos racionalidad es una adquisición tardía, un largo camino desde el sincretismo inicial y su magia, hasta las cualidades de la razón. Junto a la maduración biológica, la historia del pichón humano comienza (como un cuento) en el encuentro entre un cuerpo vivo y otro sujeto hablante. Otro que es anterior (anterioridad lógica y jerárquica) al que será el sí-mismo. El pichón transita saberes, creencias, leyendas, terrores y esperanzas, aun antes de tener plena conciencia de sí mismo, de lo que los adultos llamamos capacidad de introspección. Es un tiempo de pasividad para el *infans*, atrapado por otro que le enseña pero que múltiples veces le resulta opaco o enigmático y al que está atado y sometido porque es el que provee sus necesidades, busca paliativos a sus dolores y malestares y colma (o no) sus deseos.

Una larga dependencia a la prioridad del otro, una tardía adquisición de la conciencia de sí mismo, caracteriza y es definitoria de la especie humana.

El psicoanálisis se ha ocupado (y se ocupa) de descubrir, describir y operar en ese período *infans* (antes del advenimiento de la palabra y el orden simbólico) y de las marcas patógenas y creativas – que este período de la ontogénesis deja inscriptas en la estructura de la personalidad.

Para estos procesos de transmisión entre generaciones usamos la distinción de transmisión consciente (para la pedagogía) e inconsciente (para el psicoanálisis). Yo creo que es más claro decir que la educación transmite un saber constituido, lúcido de sí mismo, la transmisión inconsciente se constituye en acto que engendra un sujeto que podemos llamar la originalidad del sí mismo. Ser uno



4. Director del Museo de Ciencias en París.

5. Barbara Freitag emigra en 1948 de Alemania a Brasil. Maestría y Doctorado en Sociología Universidad de Berlín 1961. Alumna de Adorno y Horkheimer entre 1967 y 1972. Doctorado sobre política educacional brasileña, Docente universitaria.

mismo y ser con otros. ¿Dónde y cómo se anudan estos dos términos? Es la pregunta que me desvela en este artículo, desde la lectura de los freudianos y de los historiadores de la sensibilidad. Habíamos leído a Duby –“Historia de las mentalidades” y a Jean P. Vernant en sus estudios de Psicología histórica (*Mito y pensamiento en la Grecia antigua*) y habíamos sentido la afinidad de los surcos explorados (orígenes, placer, normas, transgresión, sexualidad, violencia, muerte), pero Vernant y Duby nos traían historias de tiempos y espacios lejanos y Barrán nos habla de aquí y de ayer, la vecindad es otra.

Claro que un historiador de la Sensibilidad explora documentos de una época y cultura y un psicoanalista escucha a pacientes, sus anhelos y malestares. Las diferencias son obvias. El campo de visibilidad que despliegan uno y otro procedimiento son radicalmente diferentes pero en modo alguno extraños entre sí, los temas que abordan contienen innumerables zonas de cruce, de circulación entre procesos individuales y colectivos. La fuente que maneja el historiador dibuja un objeto de estudio que conduce a la primera persona del plural, el nosotros. El psicoanalista se empeña en desmontar la tautología del “yo soy yo” y va a la caza del sujeto descentrado, a hurgar esas zonas de uno mismo que percibimos como hondamente propias y profundamente extrañas al sujeto racional y razonable que pretendemos ser. El objeto de estudio que se dibuja es la primera persona del singular, aquella que nos distingue y especifica dentro del nosotros. Por eso allí mismo donde vemos la heterogeneidad de oficios, también podemos leer la complementariedad. La sexualidad y sus placeres y culpas, la violencia y sus castigos, la muerte y los desvelos por reconocerla, evitarla o negarla.

Se crea así una zona de frontera donde lo vincular se interioriza como mandato para someterse o rebelarse o donde lo personal puja por imponerse en esa equívoca o multívoca calesita que se genera en el ida y vuelta del yo y el nosotros.

Recapitulando cito a Le Breton: “A diferencia de otros mamíferos, que reciben en su herencia genética instintiva los insumos para su supervivencia y adaptación al medio, el ser humano es, durante los primeros años de su existencia, el menos dotado (o el más desasistido) para sobrevivir y adaptarse”. La llegada al mundo de un organismo prematuro, inacabado, pero –por eso mismo, abierto y disponible por su fragilidad a una dependencia de los otros, condición que en el Psicoanálisis conocemos como Prioridad del otro. Sin la mediación estructurada y estructurante de su entorno, la capacidad de apropiación significativa del mundo, fracasaría. El defecto o imperfección de la prematuridad se troca en disponibilidad y apertura al semejante que lo hace apto para ingresar al sistema de sentidos y valores del grupo que lo acoge. No decimos mimetización, sino sentido– porque la mediación del lenguaje lo organiza simbólicamente. Queda claro

entonces que la noción de semejante, no tiene el mismo estatuto en la manada que en la especie humana.

Fuero interior y vínculos sociales se conjugan en una dialéctica interminable. Cada individuación se hace desde un grupo de pertenencia y las aristas culturales que le son propias. La experiencia cosmopolita en el exilio nos reforzó en esta convicción. Es el eje que vertebra Freud en su segunda tópica, en la génesis del superyó y su perpetuo combate con los empujes pulsionales y las figuras parentales como mediadoras de la cultura, la tradición y los ideales. Barrán detalla minuciosamente y enriquece esta interfase que el freudismo no desconoce, pero le asigna un lugar menos central o crucial que el historiador, en el determinismo de nuestros síntomas, conductas y destinos.

Probablemente se me hizo más perentorio anudar las herencias de estos dos maestros –Freud y Barrán– porque en el mundo mediático que habitamos las fronteras entre el sujeto de la intimidad y el ciudadano del espacio social se trenzan de manera más estrecha y sus límites son crecientemente más confusos. Los procesos de circulación entre lo individual y lo colectivo, entre lo psíquico y lo social son, presumo, más estrechos que antes.

La transmisión de valores que antaño era competencia de la familia y la escuela, instituciones seculares y sagradas, están hoy impregnadas por las modas que transmiten los ideólogos de la televisión que asumen el lugar de predicadores o profetas del tercer milenio e inciden fuertemente en la producción de subjetividad. Lo que antaño llamábamos función materna y paterna, hoy se ha complejizado en una multiplicidad de discursos.

¿Qué rasgos o características novedosas o inéditas podemos atribuirle al sujeto de la actualidad? Sin duda estamos distantes del empaquetamiento burgués de un siglo atrás que describe Barrán, donde lo permitido y lo transgresor estaban claramente sancionados.

La respuesta, decía Blanchot, es la desgracia de la interrogación y en la materia que nos ocupa (las aristas del sujeto humano que propicia cada época), es más pertinente tener buenas preguntas, que indiquen senderos de indagación, que contar con respuestas certeras que sólo invitan a la pasión esencialista y promueven los fundamentalismos.

La expansión tecnológica y sobre todo la revolución digital, han generado nuevas condiciones para la producción de subjetividad. Algunas veinteañeras adoptan en las redes sociales diversos disfraces identitarios para sus pláticas eróticas, asumen ambos sexos y franjas etarias diferentes para explorar distintos juegos de excitación sexual. La pantalla, sin tacto ni olor, juega como puerta de acceso y de barrera a la búsqueda de un orgasmo que no arriesga el contacto corporal. Extremo caricatural y grotesco pero vigente, de lo que Barrán llamaba “el derecho del sujeto a

ser lo que quiere ser”, llevando el consumo hasta el hartazgo. En contraposición a este absurdo maníaco, la pérdida de límites y referentes, nos da a observar otra vertiente lúgubre, ominosa. Trastornos de la alimentación, con crisis anoréxicas y/o bulímicas, la incesante e interminable flagelación de la piel que reemplaza con la mostración en acto, el ocultamiento del padecimiento psíquico. El espacio mental se adelgaza como continente del conflicto psíquico y su escenario se desplaza al cuerpo o al acto.

Hasta el siglo XX, la mayoría de las vidas transcurrían en un área que no excedía la distancia que se recorre caminando o cabalgando. Lo local era pregnante para definir vidas y destinos. Hoy habitamos la aldea planetaria donde “sabemos” del tsunami en el Océano Índico y de la primavera árabe y sus avatares y mil noticias frecuentes de ese orden. Descubrimos que con la expansión económica del sudeste asiático llegamos a una cifra record de exportaciones y a cifras mínimas de desempleo, efectos saludables de la globalización.

¿Pero de qué orden es nuestro “saber” sobre esas cosas que nos impone la instantaneidad y la plétora informativa? Ya no existen sabios como Aristóteles o Leonardo; la fascinación por el saber especializado nos empuja a la búsqueda del experto en infinitas áreas del conocimiento. Gesto que empuja a la creencia que un saber instrumental supera al saber común de la conciencia crítica. Por ejemplo, no es fácil discernir, en el tema de la filiación, cuál es el dominio de una conciencia crítica o trascendente y distinguirlo de los progresos en fecundación asistida o las técnicas de interrupción del embarazo, que relevan de una eficiencia operativa. Entre lo que se puede, lo que se quiere y lo que se debe, el orden de las preguntas a resolver, no es de naturaleza homogénea.

En relación a la muerte, los límites del consentimiento informado y el encarnizamiento terapéutico tampoco son fáciles de discernir. Nos inunda un crescendo de racionalidad instrumental y operativa, que tiende a reemplazar el territorio anteriormente ocupado por el sentimiento trágico de la existencia.

El aumento de la velocidad, no solo de la información y del transporte, sino de los cambios sociales, crea nuevas y múltiples formas de vínculo social. El tiempo vivencial interiorizado tiende aacompañarse con un tiempo social acelerado y pletórico. La modernidad clásica habilitaba la alternancia entre momentos transitivos del acontecer y momentos contemplativos y reflexivos donde sedimentar la experiencia. Como decía Juceca: “Ud. va y hace las cosas. Después, de noche, se toma una con los amigos y les cuenta ... y recién allí se da cuenta de lo que pasó”. El presente era el instante que articulaba un pasado de recuerdos y experiencias con un futuro de anhelos y proyectos. Hoy vivimos un presente pletórico y un mañana incierto. En el cruce de caminos entre el psicoanálisis, la historia y las ciencias sociales hay nuevos senderos a explorar.



FEYERABEND, Paul: *La Conquista de la abundancia*, Barcelona, Paidós, 2001.

GOULD, Stephen: *El abanico de lo viviente*, París, Seuil, 1997.

VERNANT, Jean-Pierre: *Mito y pensamiento en la Grecia antigua*, Ariel, 1993.

